

LA DAMA DE LOS SUEÑOS

Juan Francisco González Cebada

Image not found.

Capítulo 1

En la apartada comarca, término de nuestro viaje, hay un viejo caserón que pertenece a mi familia. A sus pies, discurre un sinuoso río, las más de las veces coronado por brumas, que se deben a la humedad y el clima propios de dicha comarca. Sobre el río se alza un antiguo puente de sillería, al cual una vieja encina le sirve de dosel.

Iba yo picando a mi negra cabalgadura y apremiando a mi criado porque se diese prisa, pues una furiosa tormenta amenazaba desde el horizonte con cernirse sobre nosotros. El viento ya soplaba con fuerza y mecía las ramas de la encina. El crujir de las ramas y el lamento del viento porfiaban con mis propias voces, que apenas se escuchaban. Pero mi criado, ya acostumbrado a cualquiera de mis gestos, apretaba el paso a su montura, sabedor de que debía darse prisa por alcanzarme.

Ya estábamos en el puente cuando en un punto comenzaron a caer los primeros rayos. Profundos truenos se oían a lo lejos y la lluvia comenzó a caer de forma inmisericorde, calando hasta los huesos.

Al llegar a los soportales del caserón, nos apeamos de los caballos y los dejamos allí, amarrados a uno de los pilares. Busqué en los bolsillos de mi abrigo las grandes llaves de hierro que abrirían la puerta del caserón. Estas llaves, me habían llegado por mensajero, junto con una carta que anunciaba la muerte de mi tío abuelo el Barón, el último habitante de esta casa. Al comenzar el viaje las guardé en el bolsillo de mi abrigo y ahí las tenía desde entonces. Mi criado llevaba las dos maletas con los equipajes.

Al girar la llave en la cerradura, esta chirrió lastimosamente. Entonces, con la rapidez del mismo relámpago, mi criado empujó una de las dobles hojas con el hombro, pues aún iba cargado con las maletas. Entonces, me apremió para que entrara, a fin de ponerme a cubierto de la furiosa tormenta.

Di varios pasos al frente y entré. Mi criado me seguía muy de cerca, cerrando la puerta tras de nosotros. La mansión estaba oscura como boca de lobo, pues aún no había llegado a estas tierras ese curioso portento que es la electricidad. Apenas sí podíamos ver lo que teníamos delante de las narices.

Mi criado, que se destacaba por ser muy avisado desde que me lo entregaron cuando niños, abrió una de las maletas aún en medio de la oscuridad y de ella extrajo una lámpara, la cual prendió con mucha habilidad. Muchas veces le vi hacer maniobras como esa y recordé cuando, estando en nuestra patria, venía a buscarme a mis habitaciones en noches como aquella. Ambos éramos dos niños y mi criado apenas hablaba. Pero su presencia me reconfortaba como si de un hermano

mayor se tratase.

Una vez que tuvimos aquella fuente de luz, pudimos contemplar en parte los interiores de la mansión que había heredado. Aquí y allá, salpicando las paredes, pude ver los retratos de mis antepasados, trofeos de caza de mi tío abuelo, armaduras y algunas esculturas. Y todo aparecía bien cuidado, a pesar de que mi tío abuelo carecía de criados, había perdido gran parte de sus tierras hace mucho y distaba de ser rico.

Recorrimos la estancia, contemplando con asombro aquellas maravillosas obras de arte que, en la penumbra, adquirirían un encanto especial y parecían cobrar vida propia.

Al fondo de este recibidor, se encontraban las escaleras que nos conducirían a las habitaciones superiores y en las que aparecían colgados más retratos familiares, escenas de caza y de batallas navales o de tierra. Pude ver, entre todas ellas, un cuadro en el que aparecía mi tío abuelo, junto a mi abuelo y mi padre cuando era niño. Los tres habían sido retratados con gesto serio y uniforme de gala, portando sendos sables los adultos y una magnífica espada hecha a la medida del niño. Recuerdo que mi padre me regaló esa espada al cumplir los ocho años. Era una pieza maravillosa, cuyas guardas, retorcidas en sinuosos arabescos, eran de oro con joyas incrustadas.

Al llegar a la segunda planta, mi criado y yo decidimos ocupar la primera habitación que hallamos a mano derecha del pasillo.

Era ésta una pequeña habitación, decorada en el más moderno estilo y en cuyo centro se hallaba una cama con dosel. Al frente de la cama había un tocador con un espejo. Y, sobre el espejo, se alzaba un retrato de una mujer muy bella, que debió ser una tatarabuela mía. El bello rostro del retrato parecía cobrar vida a la luz de la lámpara, opacada tan sólo por la luz de los relámpagos que entraba a través de las ventanas. Me quedé extasiado contemplando cada fino rasgo del retrato. El rostro ovalado, de una blancura y tersura sublimes, estaba rematado por una fina nariz, recta y bien proporcionada. La boca, de carnosos y rojos labios, poseía un sonriente, pero discreto gesto. Los pómulos altos y marcados, característicos en mi familia. Los cabellos, del color de azabache, aparecían recogidos en un moño elegante. Y los ojos. Quedé maravillado al contemplar los grandes y azules ojos del retrato, que parecían brillar y titilar ante la luz de la lámpara.

Estaba en verdad agotado. Y atribuí los extraños efectos que el retrato de mi antepasada producía en mí a este hecho. Mi criado, siempre silencioso, había preparado la cama durante mi estado de suspensión y éxtasis y también habíase procurado un lugar para sí mismo en el suelo, junto a mi cama. Con una ligera sacudida en el hombro, me sacó de mi ensimismamiento y me apremió a que me acostara. No tardé mucho en

hacerlo y quedar profundamente dormido.

A eso de las tres de la madrugada, me despertó un fortísimo trueno, que había debido de caer muy cerca. Me levanté, a oscuras y con mucho cuidado de no molestar a mi criado, que dormía como un tronco. Me asomé a una de las ventanas y contemplé el desierto paisaje en que se alzaba la mansión. La tormenta proseguía afuera, furiosa y pertinaz. Podía contemplar el río, cuyas aguas se desbordaban por la lluvia. Parecía que iban a alcanzar la altura del puente y aún de la encina. Esta agitaba sus ramas por acción del viento. Y lo mismo sucedía con el resto de árboles del paisaje. Parecía que algunos se iban a quebrar.

Al cabo me aparté de la ventana, resuelto por volver al lecho y dormir de nuevo. Mas, cuando me hube acostado, ya no pude pegar ojo. Y es que, de vez en cuando, la luz de los relámpagos iluminaba por instantes la habitación y yo había fijado la vista en el punto en donde se hallaba el retrato de la hermosa dama. El rostro se dibujaba a cada destello y sus hermosos detalles eran completados por la acción de mi memoria.

Me parecía que estaba mirando en mi dirección. De modo que algo parecido al pudor me invadió y bajé la vista, mirando ahora al espejo, donde podía ver mi propio reflejo, recortado en la semioscuridad.

Me di la vuelta en el lecho y quedé suspendido en profundas meditaciones. Mi criado dormía a mi lado, exhalando ligeros ronquidos, que quedaban eclipsados por los truenos.

A tales ruidos y al cabo de una media hora, le siguieron unos como suspiros que hasta entonces no había advertido y los cuales no provenían de mi criado. Quedé estupefacto y rápidamente me incorporé sobre la cama. Me froté ojos y oídos pues aquello sólo podía ser una extraña alucinación o un sueño. Pero no. Estaba bien despierto y los suspiros provenían de la pared que tenía enfrente. Provenían del retrato de mi bella antepasada.

Llamé a mi criado, a fin de despertarlo, mas no obtuve respuesta alguna. Seguía profundamente dormido. Y entonces comenzó a darse un insólito fenómeno.

El espejo del tocador, comenzó a brillar con un sulfúreo resplandor, que se fue intensificando hasta iluminar toda la estancia. Me vi reflejado en él, incorporado sobre la cama y con expresión atónita y de profundo terror. Y, al cabo, comenzó a dibujarse una silueta o especie de sombra que me abrazaba. Mi pánico me impedía moverme, pero en un punto eché la vista al cuadro de la dama. La imagen estaba desapareciendo.

Volví a mirar en el espejo y una mujer fantasmal apareció junto a mí. Ella volvió el rostro, el cual se reflejó en el espejo. Y lo vi claramente. Era ella,

la mujer del retrato.

Todo se volvió una confusión entonces. La dama del retrato, con delicado gesto me conminó a que me recostara sobre el lecho y ya no pude verla. Pero pude sentir unas delicadas manos que acariciaban mi rostro y mi cuerpo y unos labios invisibles que me besaban.

A pesar del terror que había sentido, pronto me abandoné a aquel diabólico ritual y dejé que aquel ente dispusiera de mí a su talante. Y en algún momento debí de perder el sentido, porque a partir de este punto no consigo recordar nada más.

Mi criado me despertó en la mañana con violentas sacudidas. Entonces, rápidamente me vestí y le ordené volver a cargar el equipaje en nuestros caballos. Y nos alejamos de aquella casa, con intención de retornar a mi patria y no pisar jamás en esta mansión. Más tarde contraté a varios sirvientes para que la mantuviesen en buen estado, pero les he prohibido entrar de noche y mucho menos en esa habitación.

Aún hoy, ya viejo, anhelo volver a pasar una noche en esa casa y en esa habitación, con la bella dama de mis sueños.